

# La filiación: sus implicancias en la constitución subjetiva

**Ana Rozenbaum**

## **Introducción**

Para que un sujeto advenido al mundo construya su psiquismo, es vital que pueda apoyarse en el funcionamiento psíquico de las personas que constituyen su entorno, es decir, en primer lugar, sus padres, quienes le van a dar un lugar al recién llegado; lugar en la familia actual y lugar en la sucesión de generaciones.

Le transmitirán sus maneras de experimentar y de pensar el mundo, sus vivencias y su relato de la historia de la familia. Y sobre esta base el niño edificará su propia individualidad.

Como destaca Rene Kaës (1985), la perspectiva abierta por Freud en "Introducción al narcisismo" hace del sujeto singular el eslabón, el servidor, el beneficiario y el heredero de la cadena intersubjetiva de la que procede.

Cada recién nacido es portador de una misión, la de tener que asegurar la continuidad de la generación, según un modo particular que le es asignado con arreglo a los términos de un contrato, que Piera Aulagnier (1975) designó como pertenecientes a la economía narcisista. El contrato narcisista descrito por ella corresponde a los deberes que el niño tendrá que cumplir, a cambio de la investidura de la que será objeto por parte de las figuras parentales. El niño tendrá la misión de perpetuar la cadena generacional, asegurar la perennidad de la identidad familiar, fortalecer su narcisismo, y tendrá también la tarea de retomar y transmitir los enunciados históricos familiares.

Todo niño hereda la carga de recomponer a la familia a partir de la alianza de los dos linajes de los que ha nacido. De esta alianza adviene a una historia que lo pre-existe, de

la cual es heredero, innovador y transmisor, pero, también, en ocasiones, tan solo prisionero.

### **Ejemplo clínico**

A través de fragmentos del material de una consulta por un niño intentaré dar cuenta de la problemática de los traumas tempranos y de la transmisión generacional, y sus implicancias en la constitución de la subjetividad. Si bien es un material necesariamente incompleto, no se me escapa que tan solo en el devenir de la transferencia de un proceso psicoanalítico se puede intentar encontrar respuestas. No obstante, espero que sirva para abrir interrogantes y sugerir hipótesis, como así también para promover futuras investigaciones.

Se trataba de un niño de 8 años que acababa de protagonizar un episodio de violencia en el colegio. Durante la clase de gimnasia había comenzado repentinamente a insultar y agredir físicamente a sus compañeros, luego a su profesor, a sus maestros, y por último al director. Ante la imposibilidad de calmarlo o de localizar a sus padres, y debido a la enorme furia desplegada, las autoridades optaron por pedir intervención policial.

El hecho tuvo lugar en una escuela de provincia, y cabe destacar que ocurrió en una época en la que tanto en institutos educativos de nuestro país como del exterior estaban reiterándose hechos de extrema violencia, incluso homicidios, ampliamente difundidos por los medios.

### **Las entrevistas preliminares**

¿Qué permite observar el encuadre de una consulta por un niño acerca de la realidad psíquica inter y transubjetiva, y de qué permite dar cuenta?

El encuadre analítico de una consulta, más allá de posibilitar un diagnóstico y facilitar la instalación de un proceso analítico, tiene la capacidad de poner en marcha muchos otros fenómenos, como también generar múltiples efectos en todos sus protagonistas; hasta se podría llegar a afirmar que, en ocasiones, pone en movimiento más elementos de los que puede contener.

Nada sabe el analista en ese primer encuentro, ni del niño, ni de sus padres, tan solo conjeturas que teje la imaginación.

Este dispositivo provee las coordenadas para la transformación de la escena en un espacio mostrativo: gestos, movimientos, circuito de miradas, voces y contactos; y el repetido descubrimiento para el analista de niños y adolescentes de las diferencias existentes en el discurso de cada uno de los padres, que se pone en juego ya desde el instante de la consigna. Parecería incluso, a veces, que cada uno de ellos estuviera describiendo un hijo distinto, portador de una historia diferente.

Resurge así la importancia de la construcción de una historia familiar que anude los hilos de los recuerdos, los olvidos y las omisiones, para posibilitar la organización subjetiva del pasado.

Brinda la posibilidad de escuchar a los dos integrantes de la pareja y también de estudiar las dos genealogías; procura recoger la inscripción de las huellas de lo que ha quedado en suspenso de elaboración en la transmisión psíquica de cada uno de ellos. Lo que allí podrá reconstruirse no es solo el rompecabezas fantasmático, sino además el rompecabezas genealógico con las piezas encerradas en el inconsciente familiar.

En ese tiempo, las voces de los padres irán dibujando el perfil del sujeto de la consulta; son las mismas voces que lo condujeron durante su gestación y primeros meses de vida, las que vehiculizan el narcisismo, los enunciados identificatorios, el yo ideal parental; ya que, para cada padre o madre –qué duda cabe–, ese hijo ocupa un lugar como “proyecto” en la prolongación de su narcisismo.

Todos estos datos configuran un saber que ya en otros trabajos (Rozenbaum, A. 1993, 1996, 1998) propuse denominar “saber previo”, porque puede llegar a ser una anticipación de ciertas verdades psíquicas que tal vez se develen en el análisis.

### **Los padres de Juan**

Como suele suceder la mayoría de las veces, los progenitores son los primeros en entrar en escena. Los padres de este niño son delgados, están casi demacrados, austeramente vestidos, muy formales, y parecen tremendamente cansados.

La madre: “Fue una semana complicada; teníamos a uno de los más chicos internado por neumonía, nos turnábamos en el sanatorio, y de pronto sucedió esto. Juan no quiere hablar, no nos quiere contar, no quiere confesar, contesta con evasivas, miente, pero él siempre busca molestar, es torpe, agresivo, altera a todos en la casa, nadie lo soporta. Ahora en el colegio hasta consideran la posibilidad de una expulsión y exigieron una consulta”.

El padre: "De todos mis hijos es con el que más afinidades tengo, es curioso, le gusta leer, jugar al ajedrez, tiene inquietudes, yo soy así, le aclaro que yo también tengo un perfeccionamiento ridículo pero controlado, con él cedo como con lo del inglés, reconozco que me equivoqué, pero si me descontrolo también me puedo poner violento y pegarle... Comparte el cuarto con los hermanos pero lo echan y no sin razón, no tiene un lugar. Pensé en hacerle un cuarto en la azotea cercano al mío. Sí, sí, yo tengo un cuartito arriba al que no dejo entrar a nadie, lo uso para mis cosas personales: herramientas, música, libros, paso horas allí... No, no sería para dormir, solo para estar. La casa nos queda chica. ¡Somos tantos! ¿Por qué dije lo del inglés? Porque yo soy de origen inglés, es mi primer idioma, en casa todos lo estudian, solo Juan y ella se niegan a aprenderlo... en eso él se parece a la madre".

Ella esboza una sonrisa y agrega. "Es insoportable, desde los dos años que es así, no tolera perder, hace resistencia pasiva...".

La frase "resistencia pasiva" queda resonando en mis oídos, hace que mi escucha se debilite, mi pensamiento toma un rumbo inesperado evocando la figura de Mahatma Gandhi, la ya legendaria revolución mediante la resistencia pasiva de la colectividad y el difundido lema: "no-cooperación, no-violencia". No sin esfuerzo por alejar las imágenes que se me imponen contra mi voluntad, logro preguntarle a qué se refiere.

"Por ejemplo, cuando tuvo que comenzar jardín de infantes no quería ir, lo llevamos igual, pero durante un mes no hacía nada si alguien no estaba a su lado, finalmente cedió".

El padre termina la entrevista: "Sí, reconozco que siempre hubo problemas, lo considerábamos excentricidades, pero ahora nos preocupan".

### **Juan**

Juan era el primer varón de una fratría de siete hermanos; lo precedían dos mujeres. Tres años lo separaban de la menor de estas. En el intervalo entre su hermana inmediatamente mayor y él, un aborto espontáneo sumió a la madre en una profunda depresión. En ese contexto nace este hijo tras un embarazo no exento de complicaciones, cuyos síntomas impusieron un prolongado reposo.

Me encuentro con un niño pequeño para la edad que parece asustado; sin mirarme descarta los elementos de juego, y murmurando dice que prefiere dibujar. Al graficar, las hojas en blanco comienzan a llenarse de animales prehistóricos con uñas y dientes

ensangrentados; dibuja una casa y la borra con furia. "No me sale la azotea, o el ático, ¿cómo se dice?". Me mira con pánico sin saber qué hacer con las basuritas que van quedando al borrar. "Y ahora te voy a hacer un ombú de esos que parecen una bomba atómica. ¿Tengo qué dibujar a mi familia?, Pero somos tantos, ¿cuántos voy a tener qué hacer? Nueve, no, ocho, este..., este es mi hermano número siete y este el número cuatro, no cinco o tres, basta, yo no me hago".

Este desconcierto fraterno familiar sería posteriormente revalidado por el padre, quien confesaría un tanto avergonzado: "Y sí, se hace difícil distinguirlos, individualizarlos, reconocer la personalidad de cada uno, es un lío, yo mismo a veces los confundo".

Ya casi sobre el final de las entrevistas diagnósticas Juan dice suspirando: "Te voy a contar", a continuación esconde su cabeza entre sus brazos sobre la mesa y relata susurrando: "Lo que pasa es que me pelean, me molestan, me tocan, me hacen burla (se mueve todo el tiempo en su sillita mientras va levantando el tono de voz), se meten, son más grandes, mirá, yo hago una cosa y otros se meten, son unos metidos, ¡punto!". Aunque parece sumamente agotado, muestra, sin embargo, al mismo tiempo, evidentes señales de alivio.

### **El rompecabezas genealógico**

Como ya lo señaláramos, el encuadre analítico de una consulta, más allá de posibilitar un diagnóstico y la instalación de un proceso analítico, tiene la particularidad de desencadenar muchos otros fenómenos y generar múltiples efectos en todos sus participantes.

En este caso, la eclosión somática de uno de los hijos, y el episodio de violencia del otro, habían conmovido el edificio familiar y habían sometido a dura prueba la psique parental.

Poco tiempo después, convocando sus recuerdos, el padre relataría conmovido: "Lo que le pasa a Juan es lo que me pasaba a mí, pobrecito, cómo lo entiendo, era horrible, yo sufrí mucho, iba a un colegio inglés, y todos se burlaban de mí. Yo era 'el mestizo', porque mi madre no era de origen inglés", tras una pausa continúa, "mis abuelos eran ingleses, mi padre nació acá, pero a los 17 años partió a Inglaterra como voluntario de guerra, porque nosotros, los de la colectividad británica, no toleramos la neutralidad del gobierno argentino; él se fue en el 42 y regresó cinco años después...".

Al advertir que las fechas no concuerdan, le señalo que la guerra terminó en el 45. Él parece desconcertado, se producen unos instantes de silencio, yo insisto. Como volviendo en sí mismo aclara: "Ah, después lo destinaron a India, estuvo allí hasta que perdimos las colonias. Cuando volvió se casó con mi madre, que era de origen italiano, pero ella adhirió a la Iglesia anglicana y aprendió inglés, único idioma que se hablaba en mi casa... Ahora mi padre está por morir, tiene cáncer de cerebro...".

Con un gesto de fatiga continuó: "Yo tuve una etapa mística en mi juventud después que falleció mi madre, fue cuando la conocí a mi mujer, todo era diferente entonces, ahora está siempre con los hijos, y son tantos, no acepta que nadie la ayude, solo la madre. Yo ahora soy agnóstico pero la dejo hacer, ella parte para misa con los chicos y yo subo a mi cuartito, ella eligió los colegios, los nombres, la religión, todo".

Cuando un sujeto cuenta su historia, anudando los hilos de los recuerdos, combina hebras nuevas y antiguas, tejiendo un tapiz complejo donde se aúnan hechos, mitos y sueños.

Su testimonio tenía la opacidad de una historia personal "hundida en otras historias". De allí la paradoja, lo que era desconexión de sentido en un nivel, resultaba ser, por el contrario, un recuerdo tan intenso que era como si el suceso estuviera siendo todavía vivido, sin mediaciones ni tiempo transcurrido.

En el punto de partida estaba tal vez la nostalgia, esa añoranza del retorno a los orígenes y la evocación de un tiempo que ya no volvería. Pero las historias cargadas de afectos también arrastran sus limitaciones y sus falsificaciones. Por una parte, porque la memoria espontánea busca atenuar cualquier irrupción del pasado que pueda amenazar la integridad de la propia imagen, y por otro lado, porque la función defensiva de la nostalgia apunta justamente a colocar, en el foco del recuerdo, aquello que exalta una representación de sí mismo. Si ese era el precio del registro narrativo elegido, no dejaba de plantear una paradoja el hecho de que esa recuperación mostrara a su protagonista, en verdad, cada vez más preso de una historia que lo determinaba sin remedio, cual destino inexorable.

Este hombre se presentaba como un sujeto permanentemente infeliz, continuamente en desacuerdo con el entorno, inconsolable respecto del pasado y amargado respecto del presente y del futuro. Existía, pues, en un estado intermedio, ni completamente adaptado e integrado en el nuevo ambiente familiar, ni completamente desembarazado del antiguo, acosado con implicaciones a medias y con desprendimientos a medias, nostálgico y sentimental en cierto plano, mínimo afectivo y paria secreto en otro.

No es mucho lo que llegué a saber sobre la madre de Juan. En cuanto a su linaje, era también de origen italiano, solo que ella no había renunciado a sus convicciones religiosas ni a su idioma para adecuarse a las preferencias de su esposo, como había sido el caso en la generación precedente: "Mi madre adhirió a la Iglesia anglicana y aprendió inglés, el único idioma que se hablaba en mi casa".

Su deseo de dominación estaba hábilmente encubierto detrás de fines educativos. Ningún extraño era admitido en la casa, con el pretexto de que era para evitar influencias que podrían ser perjudiciales para los niños. Entonces, lo que tal vez caracterizaba a esta madre, era una sobrepreocupación por la seguridad física y psíquica de sus hijos, una particular codificación del universo en términos de peligro y seguridad, un filtro especial para la interpretación de la realidad, con su correlato de enunciados identificatorios, ubicando a la gente como potencialmente peligrosa, a los niños como irremediablemente indefensos, y a ella como único agente protector. De modo que ella se ocupaba de todo, siempre atareada entre los quehaceres de la casa y los cuidados de los hijos. Aceptaba únicamente la ayuda de su madre, quien venía casi a diario, y la ocasional colaboración de sus hijas mayores. En la elección de los colegios había privilegiado una rígida formación moral y religiosa, de modo que todos sus hijos concurrían a un prestigioso instituto católico de la zona. El padre debía conformarse con que aprendieran inglés en alguna academia, y él se había resignado argumentando que lo que se enseñaba en los colegios actualmente ya no era el "puro y verdadero inglés". Ella también había elegido los nombres, que habían sido escogidos de acuerdo con el santo del día del nacimiento, evocando de este modo los vínculos con el ideal, representado por una figura ancestral y el proyecto anhelado para el niño. (Desde luego, Juan no era su verdadero nombre).

Con el acto de nominación se le da entrada al niño en el orden de las relaciones humanas, tener un nombre significa haber adquirido un lugar en el sistema de parentesco. La nominación como acto de reconocimiento remite a la función simbólica de la parentalidad. Recordemos, entonces, que este padre había renunciado a sus derechos en cuanto a nominar a sus hijos, si bien el apellido, de claro e inconfundible origen inglés, no dejaba duda alguna en relación al linaje, lo cual era, para él, tal vez lo que más le importaba.

### Trauma y desvalimiento

Juan había experimentado una desorganización brutal, originada, no en la percepción, sino en la ausencia de sentido de un violento exceso de excitación y del estado de desamparo del yo. Recién en un segundo tiempo tratará de encontrarle un sentido, una causa que será atribuida a la percepción de un peligro externo: "Ellos me atacan". (Recordemos que las hojas en blanco se llenaron de figuras de animales prehistóricos con uñas y dientes ensangrentados).

La madre se había distanciado del hogar debido a la neumonía del hermano, angustiada por la enfermedad y sus riesgos potenciales, por un lado, y posiblemente también por lo que le evocaba en relación al embarazo perdido, por el otro. Ausencia que, podemos inferir, ressignifica en este niño traumas pretéritos sin representación; y el desamparo será vivido entonces como desorden del mundo. Su aparato psíquico queda abrumado por el estallido de una bomba, por así decirlo, y no puede surgir del caos, estalla su cabeza como alguna vez estalló la guerra o estalló la "bomba". ("Te dibujo un ombú de esos que parecen una bomba atómica"). Excitaciones intolerables buscan descargarse, "cuerpos extraños" que se hace necesario expulsar.

Se trataba de una puesta en acto de fragmentos sustraídos al campo de las significaciones, y puestos al servicio de la supervivencia psíquica con el fin de transformar la desesperanza y el vacío en un acto lleno de sonido y de furia.

En su notable trabajo, Madeleine Baranger, Willy Baranger y Jorge Mom (1987) enfatizan la importancia de las situaciones traumáticas centradas en experiencias de pérdida y separación, sobre todo con respecto a la madre. Dicen que: "La situación traumática desemboca en una 'inundación' del yo, que se vuelve incapaz de administrar una situación que viene a reactivar su estado primitivo de desvalimiento".

Juan se encontraba hoy, como en aquel entonces, sumido en un estado de impotencia y desvalimiento. Temprana herida del yo, trauma narcisista, debido al fracaso de la madre para contrarrestar ese desvalimiento mediante la catexia narcisista y objetal del recién nacido; lo cual crea las condiciones para esa especial susceptibilidad a traumas posteriores.

Esta intolerancia actual a la separación estaba estrechamente ligada a la relación temprana con ella, a su ausencia psíquica de entonces, a su falta de "preocupación maternal primaria" (Donald Winnicott, 1971), a su incapacidad de *reverie* (Bion, 1962), como también estaba asociada a sucesivas brechas en su función de escudo contra los estímulos, "trauma acumulativo" (Masud Khan, 1963).



Juan había nacido de una madre enlutada, desde la cual predominaba una afectividad negativa.

No se trataba solo de una consecuencia de su estado psíquico, como en el caso de "la madre muerta" descrita por A. Green (1980), sino de algo más, una conducta "activa", si puede llamársela así, que se revelaba tanto en su indiferencia, como en su discurso sobre el *infans*. Se sabe que el odio de la propia madre es una de las figuras de más difícil representabilidad para la psique, por el montante de inermidad que despierta, y por la apelación al propio odio.

En lo actual la madre se habría identificado con el hijo dañado, internado, para quien reservaba toda su ternura, mientras que el hijo sano, representado como el "agresor" había sido destinado a la desinvestidura. Juan parecía un hijo loco expulsado o a expulsar –a la azotea–, en una alteridad alienante, sin ataduras con las figuras de la familia. ("Nadie lo soporta", había expresado la madre. "Pensé en hacerle un cuartito en la azotea", había confesado el padre. "No me sale la azotea", había murmurado el niño). Se esbozaba incluso una breve desmentida de filiación, un desengendramiento furtivo pero eficiente. Hoy, como en aquel entonces, se encontraba sumido en un estado de impotencia y desvalimiento.

Era más hijo del padre, único que sentía piedad hacia él.

### **Trauma, memoria y duelo**

El padre había podido introducirse en el niño debido a esta singular circunstancia: la brecha originada por la desinvestidura materna, eventualidad que había posibilitado que acudiera al rescate del hijo, movimiento en el que había también un intento de rescatarse a sí mismo. Vano intento, ya que tan solo había podido transmitirle su propia confusión identificatoria.

Este hombre mantenía, para bien o para mal, una relación privilegiada, exclusiva con este hijo, primer hijo del mismo sexo. Entre ambos existía un vínculo indefinible, como si no hubiera diferencias entre ellos: "De todos mis hijos es con el que más afinidades tengo... cómo lo entiendo". Vínculos y contactos a través de los cuales se tejen identificaciones y se organizan argumentos fantasmáticos.

Estos padres no se habían encontrado y unido sin importantes motivaciones psíquicas inconscientes en que las identificaciones tienen un lugar privilegiado. Para A. Eiguer (1997), lo transgeneracional vehiculiza el modelo del parentesco, el mismo que organiza

atracciones y rechazos, prescripciones y prohibiciones y distribuye el lugar de cada uno de los miembros de la familia.

Cuando surgen fallas en la transmisión que estorban su aspecto organizador, aparecen las insuficiencias. En este caso, este padre se presentaba, o bien demasiado lábil, "con él cedo siempre", o bien demasiado severo, "me pongo violento, le pego". Ley absolutamente arbitraria y alienante.

El rasgo fundador de esta familia parecía ser el "mestizaje". Especie de escena primitiva expuesta a la vista, imago condensada en este niño, unido en niño amenazado e indiferenciado.

Penosa y vergonzosa "marca" que el padre arrastraba desde su infancia, y que había transmitido al hijo, anudándolo en el padecimiento y en el rechazo; para nada percibía que esta congoja se refería a un entorno cultural y a una época que ya no le pertenecía. De modo que Juan era un hijo rechazado "por su madre", en tanto su padre se había sentido rechazado "a causa de su madre, la de origen italiano".

La imposibilidad de elaborar el duelo de la emigración de los abuelos y de la pérdida de las colonias –develado en el tono de abatimiento y amargura en el que había expresado sus confidencias–, no había permitido que se llevara a cabo la diferencia de generaciones y la "puesta en pasado" del suceso.

Sin margen para la creación, en el intento de diferenciarse, este hombre había caído en otro determinismo, "la dejo hacer", absoluta y total declaración de pasividad, que el hijo denunciaba al devolverle una imagen caricaturesca de él mismo, con lo cual expresaba a la vez su sufrimiento, su protesta y las verdades que el otro se esforzaba en eludir: "lo considerábamos excentricidades".

El síntoma del niño podía ser, entonces, en este caso, expresión de un sufrimiento que partía del padre, repetición de una insuficiencia de elaboración nacida en las generaciones precedentes, además de resultante de una formación de compromiso intrapsíquico.

Un hijo capturado en una configuración de transmisión como esta puede desarrollar síntomas aparentemente desprovistos de sentido, percibiendo en sí mismo sensaciones, emociones, imágenes o potencialidades de accionar que parecen "bizarras".

Cuando un síntoma emerge, aquello que Freud denominó "situación desencadenante", puede ser considerado como el revestimiento de representaciones inconscientes que estaban "en espera", prestas a emerger, en el momento en que su rearticulación en un complejo traumático las lanzará a una progresión tópica, lo cual obligaría a un reequilibramiento económico del psiquismo.

Se podría decir que Juan "hizo" sin saber lo que "hacía". Había entrado en una particular ejecución fuera de sí, representación febril para un espectador privilegiado, mensaje tal vez destinado a un otro anudado en el parentesco. Una puesta en acto de fragmentos sustraídos al campo de las significaciones. Un intento del niño de reubicarse en una escena deseante, fallido intento de búsqueda de significación, para hacer inteligible su historia y prehistoria.

Porque los fragmentos de la prehistoria obstaculizados de transformarse en hechos históricos esforzarán hacia su cumplimiento por la vía del hacer, en generaciones con frecuencia alejadas de aquellas que protagonizaron los hechos.

La memoria anida también en los cuerpos y en los actos.

Se observa con frecuencia que el pasaje al acto sobreviene cuando alguien necesita ocupar un nuevo lugar en la línea genealógica, como, por ejemplo, ante la muerte de un progenitor. Momento privilegiado para el estallido, pues allí se revela la vulnerabilidad de la cadena y la traba en la permutación de lugares. En este caso, el abuelo paterno del niño estaba próximo a morir, lo cual venía a quebrar el frágil equilibrio ilusoriamente alcanzado, en el que no se reconocía el paso del tiempo.

Como los acontecimientos corresponden a otra generación, este niño no había podido, como no podrá jamás, referirse a esta formación como su propia experiencia reprimida. Se constituye de este modo en verdadero enlace entre generaciones, tópica intersubjetiva modelada por inscripciones sin acceso a la representación, intrusión tiránica de una historia ajena.

¿Reproducía, acaso, Juan la gesta "heroica" del ascendiente?

El concepto de telescopaje generacional apunta también a la transmisión de una historia no perteneciente a la vida de la persona "*y se revela clínicamente a través de la transferencia-contratransferencia*". Dentro del dispositivo del análisis de adultos, Haydée Faimberg (1985) llega a este concepto cuando se enfrenta a identificaciones mudas a las historias parentales, que paradójicamente vacían el psiquismo al llenarlas de ellas.

Cuando el lugar hijo se encuentra bloqueado por las deudas impagas de los propios padres, fuertemente adheridos a sus familias de origen (como era en este caso), dicha adherencia bloquea el camino hacia el lugar parental. En consecuencia, el *infans* no podrá ser investido en su cualidad diferencial de hijo.

Desde esta perspectiva, ¿es lícito llamar a lo vivenciado como traumático? Podríamos llegar a responder afirmativamente, si consideramos que su fundamento deber ser tomado como una expresión concreta de lo negativo tal como lo desarrolla Freud en "*Moisés y la religión monoteísta*" (1939). Allí señala una vez más que "la herencia arcaica

del hombre no incluye solamente disposiciones sino también contenidos, huellas mnémicas referidas a lo vivido por generaciones anteriores”.

También Winnicott en un artículo póstumo, “El miedo al derrumbe” (1963), había escrito “algo que no ha sido aún experimentado por el sujeto ha tenido ya lugar en el pasado”. La diferencia con la cita winnicottiana evocada, reside en el hecho, además, de que “lo que ya ha tenido lugar” ocurrió en el “pasado de un antepasado” y, por lo tanto, se constituye como negatividad –ausencia de contenido–, más que percepción de contenido traumático.

Traumatismo, entonces, que se origina en la incapacidad de transformar, de psiquizar un estado que permanece no-ligado. Desde este punto de vista podemos distinguir las transmisiones traumáticas de aquellas otras, transicionales, necesarias y estructurantes.

La transmisión traumática arrasa los procesos transicionales, impide su despliegue por una violencia ejercida sobre el sujeto, poniendo a este en suspenso de apropiación de devenir sujeto de su historia. En tanto que la transmisión no traumática, transicional, respeta la ilusión de lo “encontrado-creado”.

Resulta interesante detenerse en la noción freudiana de “suma de excitación”: acontecimientos que en sí mismos y en forma separada no actúan como traumas, pueden sumar sus efectos. Partiendo del concepto de transmisión generacional, comprobamos que el efecto sumatorio suele producirse a través de varias psiques, estallando en una generación sin recuerdos de lo sucedido con sus mayores.

En la misma línea, tal vez se puedan aplicar los desarrollos de M. Khan (1963) con relación al concepto de microtrauma acumulativo. Él formula la idea de la existencia de brechas en la función de la barrera antiestímulos ejercida por la madre, que actúan a lo largo del proceso de desarrollo y que “no adquieren el valor de traumatismo, sino por acumulación y en forma retrospectiva”.

### **Retomando la naturaleza del trauma**

El psicoanálisis le confiere un papel determinante en el psiquismo humano al afirmar que una de las cuestiones fundamentales es su estructura de repetición. Toda una vida puede organizarse inconscientemente alrededor de esta repetición, como también puede inundar la vida de las generaciones siguientes.

La naturaleza de las situaciones traumáticas en los niños es siempre compleja. Producto de la lógica del desamparo, de la vivencia de inermidad y desvalimiento del

*infans*, por un lado, y fruto del interjuego de sucesos que irrumpen precozmente en la vida psíquica, por el otro.

En este caso, para este niño no había existido ningún bálsamo que pudiera aliviar su primitivo estado de desamparo, su temprana herida narcisística, que, al contrario, se había ido exacerbando a lo largo de su vida a causa de la afectividad negativa y de la indiferencia por parte de su madre.

A lo cual se había sumado la identificación alienante por parte de su padre, quien parecía vivir recostado en un eterno pasado sin reconocimiento del paso del tiempo. Se había consumado, así, la violenta transmisión de una historia traumática, que había impreso ya pesadas huellas sobre generaciones ligadas entre sí a través del padecimiento.

De modo que se podría inferir que se trataba de un niño que se encontró imposibilitado de introyectar tanto una madre guardiana de la vida como un padre guardián de los límites.

Y los efectos patógenos de la situación traumática, es decir los síntomas que engendra, se habían manifestado en él a través de las precipitaciones en el hacer, en pura descarga pulsional, en un acto de violencia motora inusitada.

### **La técnica en movimiento**

Todo lo desarrollado no dejará de tener importantes consecuencias técnicas que atañen a nuestra función como analistas. En ese peculiar encuentro que implica cada consulta se juegan poderosas fuerzas psíquicas que favorecen, en ocasiones, la emergencia del inconsciente.

En ese sentido, revisando lo ocurrido, podemos inferir que el accidente en la escucha, la "falla" en la atención flotante (S.C. Botella, 1997), efecto de la frase, "resistencia pasiva", formaba parte del complejo fenómeno de la transferencia-contratransferencia, ya que se revelaría luego, al surgir el relato de los hechos pretéritos, como reflejo de aquello que pugnaba por emerger en el discurso de los padres. Se trataba, en efecto, de un elemento correspondiente a un pasado muy lejano, una época en que el niño no había aún nacido. Le otorgaba así un sentido al sin sentido.

Lo importante no era tanto el hecho real puro –el abuelo que estuvo en la guerra y en India–, sino que no se había logrado la elaboración de categoría de pasado, para diferenciar las generaciones y permitir un nuevo reordenamiento simbólico.

Podemos inferir entonces que, en ocasiones, esas "fallas" o ensoñaciones del analista, que en apariencia ponen en duda nuestro modo habitual de trabajo e interrumpen nuestra rutina, pueden constituirse en vía regia de acceso al inconsciente. Lo cual implica que el trabajo psíquico del analista puede oscilar entre una escucha en atención flotante de una causalidad representacional que pertenezca al orden de las significaciones, por una parte, y una causalidad de otro orden, una cuestión de sentido y sin sentido, por la otra.

El trabajo del analista es, entonces, en estas circunstancias, tanto creador como revelador (ya había un esbozo de novela familiar cuando mi pensamiento partió a la India de Gandhi). En tanto arma, edifica construcciones así como interpretaciones, y es posible que transite por momentos de "fallas" de su pensamiento, tales como los descriptos, u otros.

Apoiada en la situación transferencial, la construcción intenta establecer ligazones entre fragmentos discursivos y acciones distribuidas entre múltiples psiques a lo largo de las cadenas generacionales. Por ejemplo, alguien se ve anclado en un hacer –Juan, en este caso–, a través de su acto de violencia motora inusitada, y otro, ligado por el parentesco –el padre–, puede embarcarse en un recordar.

La construcción transcurre en una temporalidad paradójica, es, por definición, retroactiva, y al mismo tiempo implica un movimiento anticipatorio, verdadera precondición para acceder a ciertas verdades. Organiza un sentido nuevo no existente, agrega un eslabón faltante en los hechos, y explica el modo en que los personajes se implican en ellos, lo cual permite que el pasado se convierta en suceso histórico.

Y finalmente, el devenir transferencial aportará el resto, permitiendo al hilo ir y volver.

Ahora bien, como el peligro del enfoque reduccionista está siempre acechando, hemos de estar alertas para conjurar ciertos peligros.

Resulta a veces difícil sustraerse a la fascinación que ejerce sobre nosotros el contenido de un discurso de una historia extraordinaria, sobre todo por su lado épico o trágico, y esto puede impedir al analista, en el momento de las entrevistas preliminares, percibir la sobredeterminación en los complejos movimientos que llevan a la construcción de todo acto o síntoma. El árbol puede así ocultar al bosque, y el reconocimiento y la declaración de una realidad traumática estar tanto al servicio de revelar, como de disimular.

Por otra parte, tomar la prehistoria como único factor causal puede llevar a descuidar la historia, o despojar de su peso a la vida imaginaria, lo cual no dejará de pesar en nuestra intervención como analistas.

Además, no cabe suponer que todo lo que le ocurre al niño proviene de un otro, de una generación anterior, cual "declaración de inocencia" que liberaría al *infans* de toda responsabilidad frente al acontecimiento o al objeto transmitido, principalmente cuando estos se inscriben en un contexto traumático. Se constituirían de este modo en refugio defensivo de lo actual y actuante, para entrar al servicio de la racionalización de los síntomas. Asimismo, se estaría descartando el movimiento de apropiación subjetivante de la historia, que no siempre se impone como una historia ajena. También es el niño el que construye ese mundo que habita, que no solo es reproducción sino creación permanente –si todo va bien, como le gustaba decir a Winnicott–. Las redes ancestrales deberán ser elaboradas por cada nuevo miembro a advenir, en una versión tamizada por su propia fantasmática, siempre inédita en su singularidad.

Otra cuestión que se plantea es de orden estrictamente técnico: ¿Puede el analista hacer un uso particular de ese material, de ese conocimiento? ¿Podría valerse de una anticipación interpretativa? Estos "saberes" pueden constituirse en una anticipación de ciertas verdades psíquicas que han de ocurrir en el análisis, pero, también, cual residuo tóxico podrían contaminar el campo analítico. De modo que si el analista se apresurara a hacer uso de ellos, correría el riesgo de exponerse a hacer intrusión con su "teoría" en el psiquismo del paciente. Además, se correría el riesgo de formulaciones erróneas, a veces aceptadas por efecto de la sugestión, lo cual aumentaría aún más la pasividad de los sujetos, y ubicaría en el analista una función oracular.

Puede suceder también que, en ciertas situaciones, las precipitaciones del hacer jaqueen al analista y le demanden un posicionamiento diferente: él mismo pasa a estar requerido en un hacer. Hacer, a veces, consiste en "un acto de palabra" que reordena la escena y cerca la descarga pulsional abriendo la ligadura representacional.

Desde ese lugar se explica mi insistente intervención tras advertir la no concordancia de las fechas: "la guerra terminó en el 45". En ese punto el analista "se oferta" para que el sinsentido se recubra de significación y como el niño que denuncia: "El rey está desnudo" en el cuento de Hans Christian Andersen, se sostiene en lo percibido, pese a las certezas familiares. Se trata de una experiencia de discurso, promovedora de un corte a la fascinación de posicionarse como un eslabón más de la cadena, en la cual todos los límites corren el riesgo de diluirse en un éxtasis de continuidad.

Con este acto analítico se expresaría un anhelo –de ningún modo un mandato–, por parte del analista, de que el sujeto pueda "hacer cuentas con el tiempo del pasado", tanto para reconocerlo como un tiempo concluido como para transformar los

acontecimientos traumáticos, en sucesos que encuentren otra significación, plegándose a un trabajo de reorganización permanente.

El psicoanalista no es un historiador, ni el psicoanálisis invita a la resignación, sino a la resignificación, a consumir el pasaje de lo traumático a la historia, para que el trauma, una vez analizado pierda su valor patógeno y siga "otro" destino.

### **Consideraciones finales**

Los pilares teóricos, así como sus fundamentos, necesitan ser repensados en una clínica de lo intra e intersubjetivo. "Mantener la necesaria diferenciación, tensión, y articulación entre estos diferentes espacios, puede permitir salir de la monocausalidad", (María Luisa Pelento, 2000), como así también posibilitar una ampliación de las fronteras de analizabilidad.

Múltiples movimientos intervienen en la construcción de todo síntoma, desde siempre y por siempre sobredeterminado. Y como decía Freud (1926), resulta imposible considerar que la vida psíquica del hombre, "echado al mundo todavía inacabado", pueda desarrollarse virtualmente al margen de la realidad de sus objetos.

Pensado de este modo, es factible escapar a juicios de valor remitidos a la "bondad" o "maldad" acerca de las personas de carne y hueso que cumplen la función parental, tendiendo una mirada abarcativa hacia el sufrimiento de todos y de cada uno de los sujetos comprometidos en una trama que los apresa o, peor aún, los deja caer.

Al fin y al cabo, aquellos adultos que parecen tan grandes y todopoderosos en la óptica de la infancia –cuando todavía se los mira de abajo arriba–, son apenas simples seres humanos que cumplen su rol (como pueden), andando a tientas por el escarpado territorio de la vida.

Habrá que tener en cuenta que, a su vez, esos padres han sido dirigidos por poderosas corrientes inconscientes y que se han encontrado igualmente atrapados en penosos conflictos psíquicos, así como también en las inevitables contradicciones de su condición humana.

Eslabones, servidores y herederos de una cadena intersubjetiva de la que proceden, quizás, sin saberlo, necesitan que el psicoanálisis les "tienda una mano".



Año 2019, N° 24

**Resumen**

*A partir de la consulta por un niño se abordan conceptos de la teoría y de la técnica que permiten detectar traumas tempranos y transmisiones patógenas.*

*Se transcriben los datos relevantes de las entrevistas con los padres, como así también de las horas de juego diagnósticas con el niño.*

*Los síntomas, aparentemente desprovistos de sentido, adquirirían significado a la luz de la configuración familiar, de su historia temprana y de la particular transmisión generacional. Se jerarquiza el dispositivo de las entrevistas preliminares como un período privilegiado para distinguir entre transmisiones transicionales, estructurantes, y transmisiones patógenas.*

**Descriptores**

*Trauma - desamparo - transgeneracional - transmisión - memoria - duelo.*

***Filiation: Its implications in subjective constitution***

**Summary**

*The author discussed theoretical and technical concepts that enable the detection of early traumata and pathogenous transmission, based on a consultation about a child.*

*The author transcribes the relevant facts extracted from the interviews with the parents, as well as from the diagnostic play sessions with the boy.*

*The symptoms, apparently lacking in meaning, acquired meaning in the light of the family configuration, the boy's early history and the particular transgenerational transmission. The author considers the preliminary interviews a particularly apt time to differentiate between transitional structuring and pathogenous transmission.*

**Keywords**

*Trauma - helplessness - transgenerational - transmission - memory - mourning.*

***La filiation: ses implications dans la constitution subjective***

**Rèsumé**

*Dès la consultation sur un enfant, des concepts de théorie et de technique permettant de détecter des traumas précoces et des transmissions pathogènes sont abordés. Les données significatives des entretiens avec les parents sont transcrites, ainsi que les heures de jeu diagnostique avec l'enfant. Les symptômes, apparemment dénués de sens, acquièrent, alors, un sens à la lumière de la configuration familiale, de ses débuts et de sa transmission générationnelle particulière. Le dispositif des entretiens préliminaires est classé comme une période privilégiée permettant de distinguer les transmissions transitionnelles, les transmissions structurantes et les transmissions pathogènes.*

**Mots clés**

*Trauma, détresse, transgénérationnel, transmission, memoire, deuil*

**Bibliografía**

- Aberastury, A. (1968). *El niño y sus juegos*. Buenos Aires. Paidós.
- Aulagnier, P. "Construirse un pasado". *Psicoanálisis APdeBA* XIII, 3, 1991.
- Baranger, M; Baranger, W y Mom, J. (1987). "El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud. Trauma puro, retroactividad y reconstrucción". *Rev. de Psicoanálisis APA*. Vol. XLIV. N.º 4, 1987.
- Baranger, W.; Goldstein, N. y Goldstein, R. (1989). "Acerca de la desidentificación", en *Rev. de Psicoanálisis*, XLVI, 6.
- Bion, W. *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, 1962.
- Botella, C y Botella, S. *Más allá de la representación*. Valencia. Promolibro, 1997.
- Dolto, F. *El niño y la familia*. Paidós Ibérica, 1998.
- Eiguer, A. "La parte maldita de la herencia". "Lo generacional". AE, 1997.
- Faimberg, H. "El telescopaje de las generaciones". "Transmisión de la vida psíquica entre generaciones". AE, 1985.
- Ferenczi, S. (1932). *Diario clínico*. Buenos Aires. Conjetural, 1988.
- (1934). "Reflexiones sobre el Traumatismo en Psicoanálisis", *IV Obras Completas* (1970). Barcelona. Espasa-Calpe.
- Freud, S. (1909). "La novela familiar de los neuróticos". AE, IX.
- (1912). "Sobre la dinámica de la transferencia". AE, XII.
- (1913). "Tótem y tabú". AE., XIII.
- (1914). "Introducción al narcisismo". AE, XIV.
- (1917). "Duelo y melancolía"..AE, XIV.
- (1917). "Una dificultad en psicoanálisis". AE, XVII.
- (1920). "Más allá del principio de placer". AE, XVIII.
- (1923). "El yo y el ello". AE, XIX.
- (1926). "Inhibición síntoma y angustia". AE, XX.
- (1937). "Construcciones en psicoanálisis". AE, XXIII.
- (1939). "Moisés y la religión monoteísta". AE, XXIII.

- Green, A. *La madre muerta. Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. AE, 1980.
- Hobsbawm, E. *Historia del siglo XX*. Barcelona. Crítica, 1995.
- Johnson, P. *Tiempos modernos*. J. Vergara, 1993.
- Kaës, R. *El sujeto de la herencia*. "Transmisión de la vida psíquica entre generaciones". AE. 1985.
- Khan, M. (1963). "The concept of accumulative trauma" en: *The privacy of the self*. Londres. Hogarth Press, 1974.
- Klein, M. *Introducción al psicoanálisis de niños*. Paidós, 1974.
- *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*. Paidós, 1965.
  - *Desarrollos en Psicoanálisis*. Paidós, 1974.
- Leclaire, S. (1975). *Matan a un niño*. Buenos Aires. AE, 1977.
- Mannoni, M. (1965). *La primera entrevista con el psicoanalista*. Barcelona. Gedisa.
- Pelento, ML. "Niños y Adolescentes como sujetos de la violencia: los niños asesinos" en "Resignación o desafío". Ed. Lumen, 2000.
- Rozenbaum, A. (1993). "Acerca de la depresión en la infancia", en *Rev. de Psicoanálisis*, L, 1.
- (1994). "Historias e historiales en el psicoanálisis" en *Historia. Historiales*. Buenos Aires. Kargieman.
  - (1996). "Trauma y transmisión generacional". XIV Jornadas de niños y adolescentes, "Trauma, duelo y juego".
  - (1998). "Más allá de la historia". En *Clínica psicoanalítica infantil*. Ed. Lumen.
  - (1999). "Obstáculos en la cura. El quehacer del psicoanalista. Cuestiones de la infancia", en *Rev. de Psicoanálisis con niños*, 4.
  - (2000). "Trauma temprano y su potencialidad patógena". Comunicación personal.
  - (2001). "Padecer por otros. Trauma y transmisión generacional. Conceptualizaciones a partir de la consulta por un niño", en *Rev. de Psicoanálisis*, LVIII, 3.
  - (2005). "Trauma, transmisión generacional e historización", en *Rev. de Psicoanálisis*, LXII, 2.
  - (2008). "Había una vez... Historia y prehistoria en la clínica con niños y adolescentes" .Ed. Lumen.
- Winnicott, DW (1945). "Desarrollo Emocional Primitivo", en *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona. Laia, 1979.

- (1956). "Preocupación Maternal Primaria", en *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona. Laia, 1979.
- (1963): "El miedo al derrumbe" en *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires. Paidós, 1991.
- (1965). El Desarrollo del Trauma en Relación con el Desarrollo del Individuo dentro de la Familia", en *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires. Paidós, 1991.
- (1971) *Realidad y juego*. Barcelona. Gedisa, 1999.
- (1980). *Clínica psicoanalítica infantil*. Buenos Aires. Hormé.